

BUENOS AIRES
VIERNES 3
JULIO DE 1942

EL MUNDO

Lo bueno, si breve,
dos veces bueno. — GRACIAN.

Convenio internacional sobre trigo

Si el problema del trigo ofrecía ciertas dificultades antes de la guerra, puede asegurarse que se tornó grave a poco de estallar el conflicto. Este trajo como consecuencia una interrupción en la labor del comité preparatorio constituido en Londres en enero de 1939 y llevaba miras de entorpecer todo ajuste para más adelante. Sin embargo, las causas que habían provocado esas reuniones no sólo subsistían, sino que, en cierta forma, tomaban más cuerpo a raíz de la situación excepcional creada dentro de la economía por el nuevo estado de cosas, y en particular a los productores de los países agrarios. Felizmente la idea de construir un orden en lo que se refiere a la producción triguera, ni desapareció del todo, ni se suspendió definitivamente. Washington se encargaría de reavivar la cuestión y su primer resultado ha sido preparar, con la participación de cinco de los diez delegados que tomaron parte en la reunión de Londres, un memorándum de convenio llamado a servir de base a una conferencia futura y a tener sus buenos efectos sobre el presente.

Acuérdase que mientras se convoque a una conferencia general de países consumidores y productores —citación que se efectuará cuando se crea conveniente— y mientras dure este período, llamado intermedio por el memorándum, los cuatro países exportadores, Argentina, Australia, Reino Unido y Canadá, adoptarán y mantendrán medidas efectivas tendientes a controlar la producción con el objeto de reducir a un mínimo la acumulación de reservas de trigo que se reputan excesivas. También se está de acuerdo en la constitución inmediata de un "pool" de trigo para auxilio intergubernamental, ya sea en las zonas de guerra o en otras, tan pronto como la situación internacional lo permita. Para tal fin se entregarían por donación 100 millones de bushels (2.700.000 toneladas) y cantidades mayores de acuerdo con lo que requieran las necesidades. También por ese memorándum se conviene en mantener ese ajuste por un espacio de tiempo no mayor de dos años, a fin de evitar la desorganización y la confusión que resulten, para la economía, de un cambio imprevisto, como ocurrió, por ejemplo, a partir de 1918 después del armisticio.

La aprobación de ese memorándum, que obtuvo el consentimiento de los gobiernos interesados y que rige a partir del 27 del mes próximo pasado, tendrá indudables ventajas para todos. Sin ser definitivo, como hemos visto, tiende a regular la producción y el comercio internacional, y significa un buen paso, puesto que era imposible resolver el doble problema creado para el producto —del precio y la sobreproducción— en forma aislada. La colaboración era esencial lo mismo que la coordinación, pues no era dable esperar que ninguno de esos países separadamente se resolviera gustoso a reducir las áreas sembradas, sin un acuerdo previo y generalizado que obligara por igual a los demás países productores. También era menester considerar otros aspectos derivados del régimen particular y del sistema implantado, durante estas terribles horas de emergencia, dentro de la economía nacional. Regímenes de subsidio y de precio mínimo, para sólo referirnos a dos de las medidas más corrientes a que debieron recurrir los Estados para defender al productor, creaban en el comercio internacional un verdadero desequilibrio de precios. Si admitimos que este acuerdo preliminar y temporario tiende a reducir las áreas sembradas, a evitar la desmedida proporción de los excedentes y fija cuotas de exportación (alrededor de 3.400.000 toneladas anuales para la Argentina), partiendo de la base de un límite para atender las necesidades del mercado interno (de 2.800.000 toneladas para nuestro país), se puede asegurar que el deseo de establecer una ordenación sin afectar los intereses propios se ha logrado. Y si se agrega a ello que los términos del convenio de Washington seguirán en vigor por unos dos años después de la guerra, es menester reconocer su conveniencia, no ya tan sólo para el día de hoy, sino para el de mañana, cuando se haga mayormente necesario evitar los efectos de la anarquía que habrá de reinar inevitablemente en un mundo que, después de organizarse para la guerra, trate de organizar la paz.

Necesidad de ampliar los servicios de balsas del Ministerio de Obras Públicas

ES indudable que los servicios de balsa implantados por el gobierno nacional con el fin de facilitar las comunicaciones a través de los caudalosos ríos que separan las provincias del litoral han alcanzado, en la práctica, señalado éxito. Consideradas las balsas como elementos indispensables para el enlace de carreteras y caminos, en cuanto permiten a los automotores el cruce de vías de agua de la importancia del río Paraná, su utilización tiende a ser cada vez mayor, lo que resulta lógico y explicable, si se tiene en cuenta que pasado el momento experimental o de ensayo, bien pronto pudo advertirse que el servicio de balsas no solamente atiende los requerimientos del turismo y del movimiento normal de viajeros, sino que es capaz de satisfacer otras necesidades estrechamente vinculadas al desenvolvimiento económico de importantes zonas. Surge así la evidente necesidad de ampliar los servicios actuales, de darles una mayor capacidad de transporte, ya sea mediante una modificación de horarios para obtener un mayor rendimiento del material flotante, o mediante la adquisición de nuevas balsas.

Confirman las consideraciones anteriores lo que ocurre con el servicio de balsas existente entre Gral. Uriburu y Puerto Constanza, localidades que pertenecen a las provincias de Bs. Aires y Entre Ríos, respectivamente. Los ganaderos de la provincia nombrada en último término encuentran dificultades para el transporte de hacienda a los mercados de la Capital Federal, debido a la escasez de vagones ferroviarios, y no pueden utilizar camiones para sus envíos porque la balsa que presta servicios entre los embarcaderos citados no admite vehículos automotores cargados con vacunos. La reglamentación parti-

Unidad y Defensa de América

Por JUAN E. CARULLA

(Especial para EL MUNDO)

El destino de América del Sur estaba señalado aquel día 1 de setiembre de 1939 en que se desataron sobre el mundo las iras de Hitler. Triunfante Alemania, con la ayuda de sus satélites, las veinte repúblicas de origen latino que integran el continente hubieran pasado a ser colonias, dominios o zonas de influencia, no importa la denominación. Del nuevo imperio universal. Del nuevo o de los nuevos, pues no debe olvidarse que paralelamente a los planes germánicos, irrumpía vigorosamente en Asia la ambición nipona de arrojar a la raza blanca de sus posesiones de Oriente y de asentarse un día el pie en tierras de América y de África.

El 999 por mil de los hombres y mujeres que habitan en los países del Nuevo Mundo ignoraban absolutamente tales designios. El resto, una ínfima minoría, los conocía, pero no creía en su realización inmediata o lejána. Cuando se hablaba de imperalismo y de conquistas coloniales, los sudamericanos pensaban en África o en Asia; jamás se les ocurría la idea de que nosotros pudiésemos ser el objetivo de la codicia extranjera. La independencia que habíamos alcanzado a principios del siglo XIX era, a juicio de la mayoría, un hecho irreversible. Por otra parte, habíamos llegado ya, según el mismo juicio, a un estado de desarrollo económico-político y nos resguardaban el derecho y las convenciones internacionales vigentes en el mundo civilizado.

No pensaban lo mismo, sin embargo, unos cuantos "arjos purbs" de monóculo que urdían planes en algún gabinete de la Wilhelmstrasse; ni tampoco los tres o cuatro generales pequeños y de ojos oblicuos que por el mismo tiempo solían reunirse en Tokio, alrededor de la figura enigmática de Tojo. En el cerebro de estos dirigentes acababa de cristalizar una vieja idea elaborada en medio siglo de sigiliosos estudios y de atrevidas experiencias, cual era la de caer sobre las demás

Por nuestra parte hemos tenido necesidad de tener ante los ojos el cuadro de una Europa desolada para empezar a comprender que nosotros también estamos expuestos a sufrir la suerte de tantos pa-

ses como cayeron ya víctimas, más que del "furor teutónico", de la desidia e incredulidad de gobernantes y pueblos. Ahora sabemos lo que nos esperaría en caso de que triunfara Hitler y de que triunfaran juntos con él las demás naciones agresoras. Se diría, sin embargo, que no hemos sabido valorar el peligro que corrimos y que no nos hemos dado cuenta de que si estamos a salvo es solamente gracias a que otras naciones pusieron el pecho para contener la temible máquina bélica del Tercer Reich. Gracias en efecto a que la flota británica cierra las rutas del Atlántico, y gracias a que las fuerzas aéreas de los Estados Unidos contienen al Japon en el Lejano Oriente, nuestro continente se ve todavía libre de la agresión exterior.

No creámos, sin embargo, que todo peligro ha pasado. Mantengámonos, eso sí, una absoluta fe en la victoria de las armas aliadas. La fe nos dará fuerza y confianza. Pero todavía no podemos jactarnos de estar indemnes del ataque totalitario. Tal vez nos esperen días muy negros. Tal vez esta suera al prolongarse en el tiempo y extenderse en el espacio geográfico haya de durar todavía años y años, convirtiéndose en guerra de continentes, como alguna vez dijimos desde estas mismas columnas. Por eso mismo debemos estar siempre alertas y dispuestos a la defensa.

En el tercer año de la contienda los destinos de cada una de las veintimás repúblicas de América aparecen indisolublemente unidos. Quien hiera a una de ellas hiera a todas. He aquí el concepto que debe presidir en este momento único de la vida de nuestros pueblos, la política de los gobernantes y el pensamiento de los gobernados. Hasta hace poco eran administradas ciertas discrepancias de opinión y ciertas actitudes recelosas con respecto a la unidad y armonía interamericanas. Los últimos acontecimientos prueban que ya no es posible permanecer a la expectativa en una contienda en que se juegan las razones que fundamentan nuestra existencia como pueblos.

El Drama de los Refugiados

Por ROBERTO ARLT

(Especial para EL MUNDO)

En tiempos de los Faraones, historiados en tabletas de arcilla, se encuentran noticias de vastas masas humanas, trasladadas, bajo el látigo, de un desierto a otro para servir a sus nuevos amos en las bárbaras obras de la inmortalidad. Los estudiantes de humanidades cuando se detenían en esas páginas, donde las murallas de las ciudades aparecían tapizadas de pieles humanas para ejemplarizar en la obediencia a los vivos, creían que esos sucesos pertenecían a los tiempos de leyenda y quizá, si en las proporciones atribuidas no eran auténticamente verídicos.

El nazismo ha venido a actualizar otra vez, el drama de las grandes poblaciones esclavizadas, pero en una medida que ha rebasado la imaginación más cruel. No es ya una nación la esclavizada, sino casi un continente. Al margen de estas poblaciones de islas aparece el Refugiado. El Refugiado no es el hombre que huye de su patria por discordancia política y fundador de las mediterráneas colonias griegas o romanas. No. El Refugiado de hoy es el feliz evadido de la brutalidad más sistemática de que haya recurrido en la historia. En cierto modo nos recuerda a Lázaro, que viene del reino de los muertos para hablarnos de los horrores del infierno.

Cuando esta negra masacre haya terminado y el prusianismo haya sido barrido de la superficie de la tierra como lo han sido las tremendas pestes, los sobrevivientes recordarán historias que no las olvidarán nunca más los vivos.

Está, por ejemplo, la historia de los evadidos de la isla de Chios, cuyo destino se juega hoy en las cancellerías del gobierno turco.

Cuando se produjo la invasión na-

zifascista de Grecia, los habitantes de Chios, es decir, los sobrevivientes corrieron a refugiarse al puerto turco de Smirna, del cual hace algunos años se apoderaron los turcos. Casi todos aquellos emigrados eran mujeres, niños, ancianas con la cabeza envuelta en un chal, chivas enflaquecidas, muchachos de pantalones destruidos, corderos y chiquillas de ojos desparpavidos.

Los capaces habían muerto defendiendo el suelo natal.

Sin embargo, las autoridades turcas después de mantener durante un tiempo a esta muchedumbre, resolvieron devolver a estos refugiados a la isla de Chios, de modo que en un barco destarado fueron poco menos que estibados en las bodegas, pasillos y camarotes, cuatro mil quinientos griegos.

Los refugiados lloraban cuando la nave abandonó el puerto turco. Sabían que en Chios les esperaba la muerte por hambre. Lloraban mientras el barco se alejaba del dique y el barrio griego de Smirna, con sus callejuelas de muros encorvados y sus hermosas casitas adornadas de farolas levantineas junto al balcón florido, se esfumaba entre la atmósfera centelleante de manchas coloreadas.

La nave se deslizó lentamente por el Egeo, encrespado de rizados de cristal. Ellos no se imaginaban que sus pechos ya sufrían las iras de esos grupos de ciudadanos de la antigua Atenas que en la borda de los tirremes veían escurrirse la costa y apare-

cer lentamente el misterio de la lejanía que se hacía absoluto en las columnas de Hércules. No. Ello era un mundo. Los repatriados permanecían desfallecidos sobre los cofres, atados algunos con cuerdas y muchos nudos como el cofre de Ulises. Otros, en cambio, pensaban que era preferible terminar y arrojarse al mar.

Cuando levantaron los ojos habían quedado atrás las largas leonías de aros de la ciudad turca y el abultado perfil de los montes que les servían de fondo se había trocado en un amarillo marco de desolación.

Algunas embarcaciones de ténh velamen volvían hacia Smirna y los sobrevivientes condenados a morir de hambre en Chios, horaron por que se imaginaban la agona que les esperaba y porque en el barrio griego de la turquesa Smirna, aunque dormían como naufragos entre los bultos estibados en las lozas, la "Asociación Griega de Ayuda de Guerra" les abastecía de suculentos mendrugos. Hasta las pocas sobrevivientes bestias, como si comprendieran el carniceiro destino que las aguardaba, balaban desesperadamente.

La travesía fué dolorosa. Cuando los azules montes de Chios se hicieron visibles, las lágrimas se multiplicaron. Allí estaba la patria diezmada por el invasor cruel, las tierras quemadas por el fuego del bárbaro. Ya no quedaba esperanza. Lo que en otro tiempo fuera causa de voces de alegría lo era ahora de trenos y lamentaciones.

Finalmente un aviso se detuvo junto a la nave. El buque turco había sido detenido por un oficial nazí escoltado por algunos hombres de la infantería de marina subió al transporte. El capitán acompañó al oficial a su camarote, y entonces éste le informó que las autoridades alemanas de ocupación, no permitían que los fugitivos desembarcaran en la isla.

Se retiró el oficial, cruzó el árbol del timón, viró la nave con su carga de suplicantes y cuando los fugitivos supieron que los nazis impedían su desembarco, se dejaron caer de rodillas en las planchas del buque. Nuevamente desembarcados en el puerto turco de Smirna, estos cuatro mil quinientos refugiados griegos, esperan día tras día que el destino se apiade de su abandono.

Se encontrará entre ellos un Sófocles que con voces modernas perleúe su drama, o un nuevo Xenofonte, que con verso de bronce perpetúe las penurias de su retirada?